

»romper abiertamente la guerra, sin tomar primero nada por »furto ni por trato, y que para esto nunca Su Alteza dió licencia ni facultad». — «Por esto dice Su Alteza que por agora »disimule el Condestable, para que despues pueda entenderse »en el negocio de la manera que con Su Alteza quedó concertado; y que no faga cosa de otra manera; é que si pudiere »tomar alguna buena cosa por trato ó por furto, que la tome, »y que los de Su Alteza se la ayuden á defender despues» (1). — Al mismo tiempo daba orden secreta á D. Juan de Silva su capitán general en la frontera de Navarra, para que ayudase al conde en la empresa de recobrar sus estados; y otra orden á la provincia de Guipúzcoa para que, en el caso de que el general D. Juan de Silva le pidiese gente contra Navarra, reuniese la necesaria. Era de tal modo reservada la orden transmitida á Silva, que comienza diciéndole: «*Lo que esta dice guardadlo secreto y no lo comuniquéis á ninguna persona*». Concluye de esta manera: «por ende yo vos encargo y mando, que si el dicho »Condestable tomase algunos lugares ó fortalezas de los de su »estado, le deis para defenderlos la ayuda que pudiéredes, que »para en tal caso vos envío aquí cartas para que toda la gente »de aquella frontera y de su comarca se junte con vos y faga lo »que vos».

XI

El pleito que D. Juan y D.^a Catalina seguían en el Parlamento de París contra el conde de Etampes, hijo del señor de Narbona, ya difunto, contribuía también á favorecer la profunda reforma que se anunciaba para lo porvenir en la demarcación de los estados europeos: porque en ese pleito, el rey de Francia, por favorecer al conde, proponía como transacción que se divi-

(1) Archivo del Reino, Sec. de guerra, leg. 1, carp. 49.

diese el reino de Navarra en dos partes por la línea de los Pirineos, dando una parte al conde. Coadyuvaba á esta partición en cierto modo el parlamento de Tolosa, el cual había decidido que el señorío de Bearne, propio de los reyes de Navarra, debía ser confiscado y aplicado á la corona de Francia por no haber hecho el pleito-homenaje debido. Las cortes del reino protestaron patrióticamente en 1510 contra semejantes divisiones y despojos, declarando que por si algunas gentes de armas osasen penetrar en el territorio navarro para moverle guerra ú ocupar alguna parte de él, *fuieron contentos, quisieron y les plugo se cumpla por entero lo quel fuero del regno dispone; è si la necesidad fuere mayor, dispensando con aquel mediante la autoridad real de sus Altezas, serán contentos y les place quedar en obligacion de ir con sus personas y haciendas todos en su servicio è defension del regno* (1). Pero la corriente de la época había de prevalecer á despecho del patriotismo, y las mismas cortes del reino enviaban en Febrero de 1511 diputados al señorío de Bearne, á cuya cabeza iba el reverendo prior de Roncesvalles, para acordar lo conveniente sobre la pretensión del rey de Francia de dividir los estados de Navarra. Navarros y bernesés se confederaron, es cierto, para que si algún rey, príncipe, duque, conde ú otro poderoso señor quisiese hacer guerra en Navarra ó en el señorío de Bearne, ambos países unidos, y las gentes de ellos, se ayudasen recíprocamente: y no podía esperarse otra cosa de tan leales patricios; mas el gran peligro para el reino no estaba en la parte de allá del Pirineo, sino en Castilla. Francia amagaba hostilidades; Castilla, sin amagos, las ponía por obra. Estaban los reyes D. Juan y D.^a Catalina en observación en sus señoríos de Francia, excusándose de regresar á Navarra adonde les llamaban las cortes, alegando que las novedades que el francés intentaba se lo impedían; y llega el día 19 de Junio de 1512, hallándose reunidas las cortes en Pamplona, y sin darles tiempo de

(1) Del mismo archivo y la misma sección, leg. 1, cap. 52.

acabar la minuta del discurso ó proposición que según costumbre había que leer á los representantes del país, ponen en sus manos cartas urgentes de sus embajadores, que les participan no contentarse ya su tío el rey Católico con la ratificación de los anteriores tratados de paz hechos entre los reyes de Navarra y D. Fernando y D.^a Isabel, que era lo único que les había pedido en Tudela por medio de su embajador Mosén Pedro de Ontañón, sino que ahora les exige la ampliación de aquel trato y la cesión de algunas fortalezas en garantía de su cumplimiento. Sorprendidos los reyes, sin terminar el discurso que se había de leer en las cortes, se dirigen á éstas manifestándoles lo ocurrido, en un cuarto artículo que hicieron agregar á los tres que tenían redactados, el cual termina de esta manera: *por la qual causa, por no haber tiempo, dejamos de hacer la dicha proposicion: pensar podeis no estamos sin gran cuidado que à esta coyuntura tales cosas se nos demanden.*—Los ejércitos castellanos estaban ya en movimiento; notábase por todas partes grande aparato de gente armada: respirábase aquel ambiente extraño que suele invadirlo todo cuando el instinto presagia públicas calamidades. Las cortes, llenas de indignación, acuerdan levantar en seguida 300 caballos y 4000 infantes de los más útiles para la defensa del reino, á cuyo fin se dictan las disposiciones convenientes; y más adelante, en 17 de Julio, se ratifica lo acordado, con nuevas prevenciones, y se manda que todo el reino se ponga sobre las armas para estar pronto al llamamiento del rey y de sus capitanes y merinos. Siete días después, el 24, preséntase el ejército castellano sobre Pamplona. En esta misma fecha Gonzalo de Mirafuentes, comandante de la caballería enviado de Tudela, escribía á su Ayuntamiento desde Tafalla: *«en esta villa de Tafalla hemos llegado hoy sábado en amaneciendo.... Diré lo que he sentido despues que aquí soy llegado, y es que D. Luis de Beaumont cenò anoche en la casa de Arazuri y el real de toda la gente castellana está en el dicho Arazuri, y así hoy he supido que el rey nuestro Señor está en Lumbier y he deliberado hacer saber*

à Su Alteza cómo he llegado aquí en Tafalla con la gente de caballo desa ciudat, porque me ha parecido no pasar mas adelante sin que Su Alteza mande de nosotros lo que mas fuere su servicio. Tambien les hago saber cómo Martin de Goñi y Mosen Juan Belez entraron ayer en Pamplona con mil y quinientos ballesteros: dicen està la ciudat con mucha gente y muy buena y las puertas abiertas: Dios dé vitoria à Sus Altezas como sus reales ánimos desean. Acá, Señores, hallamos à tan grant recapdo estas villas, que no parece sino que todo el mundo viene. Nuestro Señor vuestras muy magníficas personas guarde.» El buen comandante no sospechaba lo que ya en Pamplona estaba sucediendo. Siempre en los postreros momentos de las dinastías suelen coincidir las risas con las agonías.

Los cuadros de estas postrimerías ofrecen sin embargo interés y escenas muy pintorescas. Te los describo sumariamente. El ejército castellano, mandado por el famoso duque de Alba, se sitúa sobre Pamplona en el campo llamado *la Taconera*.—Viéndose la ciudad sin medios para resistir y sin esperanza de socorro, resuelve su entrega al duque, precedida de una capitulación cuyos artículos le presentan los diputados de Pamplona.—La reina y la familia real trasponen los Pirineos y se establecen en Orthez.—El rey D. Juan entabla negociaciones desde Lumbier con el duque de Alba.—Vese obligado el rey á salir de Navarra y se refugia en sus estados de Francia. Le siguen el mariscal D. Pedro, el condestable D. Alonso de Peralta y otros muchos caballeros y consejeros de los reyes, entre ellos D. Juan de Jaso, señor de Javier, Presidente del Consejo y padre de San Francisco Javier. También le acompañan muchos del partido beamontés.—Siguen los pueblos el ejemplo de la capital y se van entregando al castellano: algunos, como Lumbier y los del valle del Roncal, precediendo formales capitulaciones.—Penetra por la frontera de Aragón otro ejército del rey Católico: viene á su frente con su sombrero morado el arzobispo de Zaragoza D. Alonso, hijo natural de D. Fernando, el cual

invade la merindad de Tudela é intima la rendición á la ciudad de este nombre. — Sigue ahora un hecho glorioso que se representa mal en pintura, pero cuya explicación suple una larga fícteria: y es la respuesta que da la fiel Tudela á la intimación del arzobispo. Dícele cuánto le admira que se imagine que es ella capaz de faltar á la lealtad debida á sus monarcas, y añade: *siempre habemos creído que si alguno contra nuestra fidelidad nos quisiese en algo tocar, V. R. sería el primero en nos amparar y defender.... (1) et cuando lo contrario hiciésemos, lo que ninguno podía creer que lo tuviese á bien, V. R. debía resistirlo.* — Viene después otro cuadro del mismo género, en que está figurado el Ayuntamiento de Logroño, solemnemente reunido en cabildo, dictando por boca de su alcalde á un secretario la siguiente contestación á un requerimiento meloso y estudiado del rey Católico, el cual cariñosamente le echó en cara que teniéndola él tanto amor sea la última en reducirse á su obediencia: *«ni Dios nuestro Señor quiere (le dice), ni es su voluntad que nosotros creamos que vuestra Excelencia, siendo tan justo y católico Rey, quiera ni mande enturbiar tan lucida y clara fidelidad de tan querida y amada ciudad, ni la desee con tan malo, feo y abominable renombre.* — Amaño del rey Católico para quitar á Tudela sus escrúpulos en lo tocante á la fidelidad de que blasona: está D. Fernando escribiendo á la ciudad por medio de su secretario, y en el papel en que éste pone la pluma se lee en caracteres diminutos: *debe saber la ciudad que el pontífice, por una bula publicada en Calahorra, ha excomulgado al rey de Francia como fautor principal de los cismáticos, y á todos los que le siguen; y que por tanto es un crimen guardar fidelidad á los reyes de Navarra.* — Cuadro que sirve de complemento al anterior: el deán de Tudela recibe los privilegios que le otorga Su Santidad Julio II, y la bula en que están consignados presenta esta letra en miniatura: *Sanè charissimus in Christo*

(1) Aludiendo á su sagrado carácter é investidura pastoral.

Filius noster Joannes Rex, et charissima in Christo Filia nostra Catharina Regina Navarrae illustres, etc., con lo cual se ha querido dar á entender que no solamente no están excomulgados los reyes de Navarra, sino en buena correspondencia y amistad con el pontífice Julio II, supuesto que, en los días mismos en que el rey Católico decía que estaban incursos en el anatema fulminado contra el rey de Francia, se dirigía el papa á ellos llamándolos *sus ilustres carísimos hijos en Cristo reyes Juan y Catalina.* — Desesperanzada Tudela de recibir los socorros que había pedido á los reyes, y viendo que todo el reino ha jurado ya al rey Fernando, se entrega á éste, al cual prestan su obediencia en Logroño los mensajeros de la ciudad. — El obispo de Zamora, D. Antonio de Acuña (á quien ahorcará andando el tiempo el alcalde Ronquillo como jefe de los comuneros), pasa de embajador del rey D. Fernando cerca de los destronados reyes de Navarra, pero le detienen los berneses, le prenden y le maltratan como á espía. — Propónese el duque de Alba ir al Bearne á vengar la injuria hecha al obispo; pero la agitación de los pueblos que esperan ver llegar al rey al frente de un ejército francés, le detiene, y para asegurarse de la fidelidad de los pamploneses, les exige juramento. — Júntanse por orden suya los vecinos principales en el convento de San Francisco, donde les dirige una arenga para justificar la conquista de Navarra, y luégo les hace jurar. — Juran los pamploneses protestando que lo hacen como *súbditos*, no como *vasallos* (1), y este lema aparece escrito en lo alto del tablero que representa la escena. — Realizado por el rey Católico su plan, olvida la alianza con los ingleses y la empresa sobre la Guiena, y manda un embajador al rey de Francia, á quien antes tildaba de excomulgado, ofre-

(1) Refiérese que al formular esta propuesta los pamploneses, les preguntó el duque de Alba qué diferencia había entre vasallos y súbditos; á lo que ellos respondieron: *vasallo* es aquel á quien el señor puede tratar bien ó mal, á su antojo; pero el *súbdito* debe ser siempre bien tratado; y que entonces el duque les aseguró que el rey Fernando les trataría con todo amor; y entonces juraron.

ciéndole su alianza y ayudarle en la recuperación del ducado de Milán siempre que él por su parte no intervenga en las cosas de Navarra. — Niégase el francés á oír la embajada del castellano, y traba alianza con el destronado rey de Navarra para la recuperación de su corona. — Levantan entre ambos un ejército considerable, en el que militan 7000 hombres de la fracción agramontesa, y divídese en tres cuerpos que mandan el rey D. Juan, Francisco de Valois conde de Angulema (más adelante gran rey de Francia con el nombre de Francisco I), y Carlos de Borbón duque de Montpensier. — Avanza el rey de Navarra con 2000 alemanes, 4000 gascones y 1000 hombres de armas que hacen 3000 caballos, además de los 7000 navarros conducidos por los agramonteses; atraviesa los Pirineos por entre Aezcoa y Roncal, y baja á Burguete sin ser sentido. Mr. de la Paliza, su capitán general, bate la plaza que estaba bien guarnecida de castellanos, y abierta la brecha, la entra y pasa á cuchillo á todos sus defensores. — Entre tanto el duque de Montpensier y el conde de Angulema se dirigen á Guipúzcoa; toda la nobleza de esta provincia y de Vizcaya se encierra en San Sebastián: sitian la ciudad los franceses mandando las operaciones el famoso Lautrec; pero los sitiados rechazan hasta ocho asaltos, y el ejército auxiliar, extenuado con las grandes pérdidas que experimenta, se ve precisado á levantar el asedio.

Omito irte explicando los otros mil asuntos relativos á la intentada reconquista, donde figuran con varia fortuna, ora como vencedores, ora como vencidos, los héroes de estas dolorosas peripecias, en que siempre corre sangre española siquier mezclada con la extranjera. Los personajes de este largo drama, ya los conoces: en una y otra parte campean grandes figuras, capitanes esforzados, sagaces políticos; en una y otra parte también al verdadero mérito se asocia una gran perfidia, que el siglo de Machiavelo disculpa, y aun aconseja, si la abona la *razón de Estado*. Sólo en el pueblo navarro se ven de vez en cuando retoñar los nobles instintos de equidad y de independenciamiento,

radores de las gloriosas protestas de que está llena su historia. No le preocupa á ese pueblo si la causa de su rey va ó no envuelta en la causa extranjera que su patriotismo odia: bien ve que D. Juan de Labrit ha tenido que levantar el sitio de Pamplona, donde ha sido rechazado por los castellanos; sabe también que sus dos ejércitos auxiliares, el de Angulema y el de Montpensier, se han retirado con poco fruto del asedio de San Sebastián; no importa: noventa roncaleses de á pié y cinco de á caballo tienen ocasión de caer sobre la hueste de 600 aragoneses que envía de refuerzo desde Olite á Pamplona el arzobispo de Zaragoza, y la deshacen á media legua de San Martín, dejándolos á todos en camisa. Pues al tornar al camino de Francia por los desfiladeros de Velate y Elizondo, ya cubierto de nieve el Pirineo, los tres ejércitos combinados, en los cuales libraba el destronado D. Juan su esperanza de recobrar la corona, sufren una nueva derrota: atacada de improviso la retaguardia por los guipuzcoanos y montañeses que la acechaban, hicieron en ella una mortandad que renovó la memoria de la rota de Roncesvalles, tomando á los franceses doce cañones que llevaron en triunfo á Pamplona.

Las agonías del reino de Navarra son largas y dolorosas: no acaban con su incorporación á la corona de Castilla, proclamada en las cortes de Burgos de 1515, sino que se perpetúan, á despecho de las declaraciones oficiales, por la misma vitalidad propia de todo Estado no decrepito, violentamente anexionado á otro en fuerza de una combinación política que el éxito corona. Aplica el oído á las narraciones históricas de aquel tiempo, aunque procedan de escritores apasionados por uno ú otro partido: te parecerá estar contemplando la pavorosa catástrofe final que aguarda el mundo: por todas partes movimiento de ejércitos, rodar de máquinas de guerra, incendios de poblaciones, asaltos, muros aportillados, castillos hundidos, campos asolados, el polvo de los caseríos deshechos cayendo en vertiginosos remolinos sobre los templos y palacios, juntamente con los

lamentos ó las imprecaciones de los pacíficos labradores arruinados por las contiendas de los grandes ambiciosos... Y el cielo entretanto burlando con sus tremendos y ocultos fallos las locas esperanzas de los poderosos, porque muere Julio II frustrándose á su partido el proyecto de arrojar de Italia á los españoles después de haberse servido de ellos para expeler á los franceses; y muere á los dos años Luís XII de Francia, y su sucesor, Francisco I, recupera el ducado de Milán; y al año siguiente muere el rey Católico, y en el mismo año bajan al sepulcro el rey D. Juan de Labrit, á quien sigue dos años más adelante su mujer D.^a Catalina.—Hay un momento en que el emperador Carlos V parece inclinado á favorecer al hijo de D. Juan, Enrique de Labrit, á quien vemos, sostenido por un poderoso ejército francés, recobrar en unas cuantas jornadas á casi toda Navarra; pero el hado le es contrario, y el temerario ardor del mismo caudillo, señor de Asparrot, que ha comenzado la reconquista con tan felices auspicios, es la causa de que ésta se malogre, porque aventurando sin preparativos una batalla campal en Noain, es arrollado por el ejército castellano que manda D. Francés de Beaumont, con muerte de cinco mil franceses y algunos caballeros navarros, entre ellos D. Carlos de Mauleon, D. Juan de Sarasa, el capitán San Martín y Carlos Navascués, quedando él prisionero de guerra, y ciego de resultas de una herida. Con esta señalada victoria sobre el ejército francés, Pamplona y todos los pueblos de Navarra vuelven á la obediencia de Castilla.—Una leve llamarada produjo luego el partido agramontés, cuando á favor de la guerra declarada entre el Emperador y Francisco I, el Almirante de Francia, Guillermo Gufier, ocupando la comarca de San Juan de Luz, tomó el castillo de Poëñán, en las montañas de Roncesvalles, y después ganó á Moya; pero se extinguió como fuego fatuo así que el virrey, conde de Miranda, recuperó esta plaza, y Carlos V entró en Pamplona, dando orden para que sus ejércitos penetrasen en Francia hasta el señorío de Bearne y los otros estados de Enri-

que de Labrit (1).—Sometiéronse al Emperador los principales agramonteses, prestando juramento de fidelidad en Burgos, donde estaba la corte. Á todos fueron restituídos sus bienes y oficios: D. Pedro de Navarra obtuvo su mariscalía y el marquesado de Cortes como su padre, y andando el tiempo vino á ser del Consejo de Estado y de Guerra; D. Alonso de Peralta, conde de San Esteban, á quien el rey D. Juan había hecho condestable en lugar del conde de Lerin, fué también reintegrado en todos sus estados y confirmado en el oficio de camarero mayor de los reyes de Navarra, y en recompensa de la condestabla de que quedaba privado, se le dió el marquesado de Falces. De igual generosidad usó Carlos con todos los otros nobles agramonteses. Jamás había experimentado el reino mayor escrupulosidad en la observancia de sus fueros y libertades. La Baja-Navarra siguió la misma suerte; mas reconociendo la gran dificultad de conservar este país y de reprimir las frecuentes correrías de los franceses en él, lo abandonó en 1530, á pesar del vivo deseo de sus naturales de permanecer unidos á la Navarra española, á quienes concedió el goce de los privilegios de los demás navarros y que pudiesen obtener los empleos públicos y militares y beneficios eclesiásticos en todos los reinos de Castilla. La Baja-Navarra se gobernó después por algún tiempo como república independiente, hasta que el príncipe de Bearne, D. Enrique de Labrit, titulado siempre *rey de Navarra*, se apoderó de ella como parte de su antigua monarquía. Pero el reino navarro del Pirineo al Ebro quedó para siempre extinguido.

(1) Tomamos de Yanguas, casi al pié de la letra, esta clara y correcta narración del fin que tuvo el reino de Navarra independiente, como método el más sencillo para llegar pronto á la exposición de nuestro particular punto de vista relativamente á la incorporación de ese Estado con la corona de Castilla.